

Aplicad esta ley si podeis; no penseis en cambiar nada de ella. El libro del *Papa* es el complemento del *Príncipe de Maquiavelo*.

VII.

¿QUE PUEDE SER LA LIBERTAD PARA EL CATOLICISMO?

Es Bossuet quien lo dirá: “Los que no quieren que el príncipe use de rigor en materia de religion, porque la religion debe ser libre, mantienen un error impío. De otro modo seria necesario sufrir de todos los súbditos y en todo el Estado, la idolatría, el mahometismo, el judaismo, toda religion falsa, al blasfemar el mismo ateismo; y los mayores crímenes serian los que quedasen mas impunes.” Lo que quiere decir que el mayor crimen á los ojos de un católico es el no serlo. ¿Cómo, pues, quereis hacer del catolicismo no solamente el apoyo sino la garantía de lo que él maldice? Eso es pedirle á la vez que sea y no sea.

Sobre este principio del clero romano, la libertad no puede ser para él mas que la facultad de negar la libertad opuesta que, siendo idéntica con el mal, no tiene derecho de existir. ¿Cómo se llamaba en los tiempos de Sarpi, el derecho que el clero reclamaba de no estar sometido á la misma jurisdiccion que los otros ciudadanos? Este privilegio de burlar la ley, la llamaba el clero: *libertad eclesiástica*. El derecho de no pagar impuestos, esto es, el de hacerlo pagar á los otros se llamaba del mismo modo, *libertad*. ¿Cómo se llama hoy lo que se hace en Roma aplastando la libertad del pueblo y dando la dominacion absoluta al clero? Una vez mas libertad. ¿Cómo, en fin, se llama el sistema por el cual la enseñanza laica ha sido reemplazada por la enseñanza del sacerdote? en virtud de la misma lógica, este monopolio tiene por nombre *libertad de enseñanza*.

Es evidente, en efecto, que la verdadera libertad, siendo la de procurar su bienestar, todo lo que no

es la Iglesia está considerado como una opresion de la verdad. Suprimir, estirpar del mundo moral lo que no es conforme al dogma eclesiástico, es libertar, emancipar la verdad subyugada; el mundo no será libre sino cuando dependa de la Iglesia. Hé aquí el principio. El obra á despecho de las intenciones de los hombres.

Que el catolicismo acepte un solo momento la libertad de conciencia y reconozca el derecho divino de los otros cultos, que se siente en un cónclave teológico con el rabino y el pastor; por su propia confesion pierde la razon de su existencia. Por otra parte, ceded una parte cualquiera del derecho del espíritu humano, lo demás seguirá por sí solo.

En estas luchas entre dos principios irreducibles, no hay medio. Todo el que capitula se entrega. O la sociedad laica se somete á la Iglesia, ó la Iglesia á la sociedad laica. El solo medio de conciliacion entre ellas es una línea que baje hasta las entrañas del globo.

Estais tan lejos de poder ponerlos de acuerdo, que no podeis siquiera entenderlos. Las palabras tienen para vosotros sentidos absolutamente opuestos. Si uno dice libertad, el otro entiende necesariamente servidumbre. Hé aquí por qué me parece increíble la ilusion en ciertos hombres, amigos sin embargo de la libertad, que se obstinan aún en fundar sus esperanzas en lo que ellos llaman la democracia de la Iglesia. ¿Está, pues, escrito que la esperiencia de nada servirá, ó mas bien que cada golpe que reciban de ese lado ha de sumergirlos en una ceguedad mayor? En otro tiempo tenian esperanzas en los gefes de la Iglesia; pero los acontecimientos los han instruido. En lo futuro ya solo tienen esperanzas en el fondo proletario del catolicismo; y con estas palabras que repugnan á la naturaleza de las cosas, continúan preparándose nuevas decepciones.

¿Cómo esperar de las masas del clero lo que repugna á su condicion, pues que por un lado los fortificais en su adhesion á su Iglesia, y por otro les pe-

dis que tengan voluntad de realizar un ideal absolutamente contrario al de su Iglesia?

Algunos individuos pueden, por casualidad, y con sufrimientos inauditos, aceptar el vivir en contradicciones tan monstruosas, predicando el absolutismo en la teoría, y sacrificándose por la libertad en la práctica. Pero que una masa cualquiera de hombres y menos una casta sacerdotal, consienta en una monarquía de espíritu, tal que semejase á la demencia, es cosa que nunca se verá. En verdad, la constitucion de la Iglesia repugna tan violentamente una capitulacion de este género, que cuando apareció el liberalismo, se mostró mas bien en la parte elevada de la gerarquía que no en la base. El obispado ha producido á Scipion Ricci; las masas del clero, la guerra de la Vendée.

Emancipad de la autoridad superior á todos los curas del campo, consiento en ello; mas no creais por esto, que haceis un clero demócrata. Tendriais cuarenta y ocho mil obispos de mas; hé aquí todo el cambio.

Yo pregunto quién es mas religioso entre el que piensa que la religion es una cosa tan grave que arrastra consigo todos los otros elementos del cuerpo social, ó el que piensa que es una cosa tan ligera que se puede cambiarla ya en un sentido, ya en otro; y que basta un poco de diplomacia para hacerla servir indiferentemente, sea á la libertad, sea á la servidumbre. Yo creo por mi parte, que ella lleva en sí una direccion fija, necesaria, y que el mismo cuerpo entero del clero no podia cambiar nada de ella, á menos de cambiarlo todo, es decir, de cesar de existir. ¿Todos los físicos del globo, con la mejor voluntad del mundo, podrán impedir que la aguja imantada se dirija hácia el Norte? Del mismo modo todos los sacerdotes del universo no podrian impedir que el espíritu de la Iglesia católica se incline hácia el absolutismo.

VIII.

VERDAD DE LA SITUACION.

Ved, pues, os lo suplico, la dificultad particular de vuestra situacion. ¿De qué sirve ocultársela? Habeis quedado bajo muchos aspectos, en la religion nacional, sobre uno de los escalones inferiores del cristianismo. Quereis en el orden político; no solamente obtener los resultados mas elevados de esta religion, sino sobrepajarla aún, si es posible. Estais adheridos por lazos que ni quereis ni podeis romper, á un mismo tiempo al sistema de los merovingianos y al sistema de los convencionales. ¿Cómo admirarse si con estas dos tendencias, la sociedad parece desgarrarse á cada paso? Este es el suplicio de Brunchaut.

Yo no me inquieto de la trasformacion del poder ni la del Estado; para esto no se necesita, despues de todo, mas que dé un voto en una urna; pero decidme, ¿quién trasformará la Iglesia pues que nadie piensa en ello; y si este cambio no se verifica, qué valen todos los demas?

Yo creo percibir que vosotros no quereis ni someteros á vuestra Iglesia ni emanciparos de ella. Es imposible saber claramente lo que creis y lo que no creis. Esta situacion media ha podido bastar en los tiempos ordinarios. Hoy comienza á sentirse el embarazo de ella. Los términos equívocos en que os habeis detenido, son un medio de no desalentar nunca ni la libertad ni la servidumbre, pues que en semejante indecision sobre el punto mas vital, la derrota de la una nunca es tan completa que no le queden esperanzas de triunfar al dia siguiente.

Una cosa resalta en medio de los síntomas de nuestro tiempo, y es, dígame lo que se quiera, la timidez de espíritu de ambas partes sobre el terreno en que nuestros padres han desplegado tanta franquiza.

La contra-revolucion para salvarse no tiene mas que un solo medio, que es reconstituir atrevidamente la unidad religiosa, prescribiendo todo culto fuera del catolicismo. Ella tiene el valor de la ortodoxia. La revolucion no puede afirmarse sino emancipándose de la tutela del sacerdocio. Ella no tiene el valor de la heregia. Ni la fé ni la filosofia se atreven á ponerse enfrente una de otra. La antigua sociedad y la nueva buscan todavía, yo no sé qué terreno para resolver su querrela por un equívoco.

Yo pregunto á la contra-revolucion: ¿podeis volver á la Francia, de grado ó por fuerza, á la unidad religiosa? En este caso, podreis reconstituir el órden político tal como lo comprendéis. Pregunto á la revolucion: ¿Podeis emancipar á la Francia del sistema de las castas sacerdotales? En este caso, podeis hacerle entrar sin riesgo de que retroceda en la vía de la libertad moderna. Pero si la contra-revolucion y la revolucion no piensan siquiera destruir, una el foco de la revolucion, otra el foco de la contra-revolucion, es evidente que la Francia no puede prometerse ningun desarrollo normal, ni en un sentido ni en otro, sino una série de cambios en que el acaso, lo imprevisto, la contradiccion, ocuparán mucho tiempo el lugar de la lógica y el espíritu de consecuencia.

Dirigid la vista sobre lo que os rodea. Vereis que en ninguna parte se trata de la cuestion religiosa, que se le considera á lo mas como un embarazo sobre el cual es preciso callarse. Es la primera vez que la humanidad se imagina que da un gran paso decisivo, dejando tras de sí una cuestion de este género. Yo admiro que dejando á la edad media en pié é invulnerable, se imagine arreglar la sociedad del porvenir como si se escribiese sobre una página enteramente blanca.

La organizacion católica, siendo, en parte al menos, el principio mismo de la organizacion social de la Francia, hay desde hace sesenta años, un fondo

de poder absoluto que reaparece bajo todas las combinaciones políticas. El catolicismo, combinado con la gloria militar, ha producido la servidumbre del imperio; con el derecho divino, la servidumbre de la restauracion; con el derecho constitucional, la servidumbre del último reinado; con el derecho republicano, la servidumbre de los dos últimos años. ¿Quién podrá jurar que no verá al catolicismo combinarse en una nueva servidumbre con el socialismo? Los que atravesasen este último período podrán ver la tierra prometida del derecho y de la libertad.

Un pueblo se cree libre porque ha escapado á la tutela de la monarquía. Pero si queda bajo el dominio esclusivo de una casta sacerdotal, ¿ha cambiado mucho su condicion? Puede en un momento dado cubrir la tierra de despojos; el hijo pródigo puede gastar en un dia su porvenir de un siglo. En un arranque de virtud, promete la libertad al mundo; pero nunca está seguro de no ir á aplastar á los mismos á quienes ofreció emancipar. No llameis á esos cambios inconstancia, falta á la palabra..... No se pertenece, ó al menos está tan bien acostumbrado á pensarlo así, que se figura no tener ninguna responsabilidad aun por las obras de sangre que consuma con su brazo despues de haberlas hecho inevitables por su sufragio.

Este último yugo es tanto mas temible cuanto menos se siente, y que el hábito inveterado, una falsa vergüenza de que son capaces las naciones lo mismo que los individuos, impiden que se le reconozca. Se emplea mucho talento en negar una servidumbre tan antigua, es decir, en mantenerla. Yo querria saber si hay en esto mas ligereza, ó mas temor de descubrir la herida. Lo que hay de cierto, es, que el que quiere ensayar, sondear esta herida, se hace tan importuno al pueblo como á sus amos.

Dadme el medio de subyugar á los hombres; interesad su amor propio en que nieguen su subyugamiento.

Para reinar sobre ellos no es necesario apropiarse

en detall la libertad de cada hora, como hacen los gobiernos políticos. Reinad sobre la cuna y sobre la tumba: teneis la cadena por los dos extremos.

Los hombres han querido hasta hoy, y continuarán queriendo nacer, casarse y morirse segun ciertos ritos consagrados. Cualquiera que pueda atribuirse al monopolio esclusivo de los ritos de los nacimientos, de los matrimonios y de los funerales, ese será dueño de la existencia humana.

Se obstinan en Francia en confundir el cristianismo con el catolicismo, la Iglesia primitiva con la Iglesia del Concilio de Trento, sin parecer comprender en lo mas mínimo que fué por medio del Evangelio que Lutero y Calvino arruinaron el catolicismo.

La libertad moderna, hija de la reforma y de la filosofía, es doblemente herética. Esta es la causa por qué es inconciliable con la ortodoxia romana. No se ha visto todavia á un gran pueblo católico entrar en la senda de la libertad. La Francia intenta, la primera, seguir este camino; es bueno que sepa que entra en una vía de donde nadie vuelve con vida.

¿Cuái ha sido el principio de las repúblicas católicas que han tenido algun brillo en el mundo? el alma de todas ha sido el terrorismo trasportado del dogma al Estado? Venecia ha vivido con esta idea durante mil doscientos años. Lo mismo hay que decir de Florencia y de las Repúblicas lombardas y toscanas. Allí, cada partido vencedor proscribia en masa al partido opuesto, hasta a los niños de catorce años inclusive. Se vendian á precio vil los bienes de esa poblacion de proscritos. Así se desenlazaba toda lucha política, sin que la libertad haya nunca podido establecerse de otro modo que para el solo provecho de los vencedores. El problema social no se resolvía sino á condicion de eliminar todos los términos enemigos; en Florencia por el destierro, en Venecia por la muerte. Traspotado al Nuevo-Mundo este principio de terrorismo católico, aplicado á la República, ha engendrado el mismo sistema. El doctor Francia en Paraguay, Rosas en

Buenos-Aires, Santa-Anna en Méjico, son exactamente lo que eran los señores de las Repúblicas católicas italianas. Un Washigthon, en esos Estados seria un monstruo histórico. Percibo aún que la libertad es allí de tal modo contraria á la naturaleza de las cosas, á la tradicion, á la educacion de los hombres, que el poder que la dá es infaliblemente destruido por ella.

En los países que, por efecto de su educacion religiosa fundada en el terror, han mezclado siempre un vivo sentimiento de miedo á la idea de autoridad, las revoluciones encuentran una dificultad particular para constituirse. Renuncia el órden nuevo á inspirar este sentimiento de temor á sus adversarios. Acostumbrados á no respetar sino lo que temen, el poder nuevamente establecido cae infaliblemente en su desprecio. Si al contrario, queda armado para su defensa, se le acusa de no haber cambiado en nada el régimen de la antigua sociedad, de manera que encuentra el doble peligro de perecer bajo el desprecio de sus enemigos, si los perdona, ó bajo la contradiccion si los castiga.

Temo algunas veces que la democracia lance una mirada bastante profunda sobre los malos lados del alma humana; sus principios la conducen á hacer leyes para la edad de oro. Ella se desarma, deja su puerta abierta como en tiempo de Saturno. Sus adversarios elogian esta ingenuidad patriarcal; mas tarde se lo exigen como obligacion. ¿Es cierto que ellos no guardan en su seno algunas de las armas de la edad de hierro y de bronce?

Hay algunas relaciones entre la situacion del cuerpo social en Francia en el siglo diez y nueve, y en Italia en el siglo diez y seis. Las semejanzas son: primeramente, un miembro amputado, la nobleza; segunda, la lucha radical entre las otras clases; tercera, el sufrimiento de dos invasiones; cuarto, una misma religion que envejecida por dos siglos mas, hace pesar sobre la Francia causas de deca-

dencia que no estaban todas desarrolladas en el siglo diez y seis.

Después de la nacionalidad que faltaba á la Italia, la mayor desemejanza es esta: La aristocracia financiera italiana, para luchar contra el pueblo, emprendió sistemáticamente estirparlo tanto por el hierro como por el destierro. Y logró su objeto, porque estaba, con respecto á este punto, en una posición muy preferible á todo lo que se verá en las combinaciones del porvenir. Las Repúblicas estando casi todas encerradas en una ciudad, bastaba desterrar, deportar algunos miles de ciudadanos para cambiar el temperamento del Estado.

La Francia tiene que resolver un problema diferente con los treinta millones de hombres de que se compone en ella el *pueblo flaco*, y como nadie pueda pensar en estirparlo, esto permite pensar que sucederá entre nosotros lo contrario de lo que ha sucedido en Italia, es decir, que el *pueblo gordo* debe siempre perder, y el *pueblo flaco* debe siempre ganar, á menos que la religion católica no logre dominar, en cuyo caso es cierto que volveria á verse reproducir en Francia lo que ha sucedido no solamente en Italia, sino en España, en Portugal, en Irlanda, en Polonia, en la América del Sur; esta religion en la forma en que hoy se haya, teniendo una fuerza irresistible absolutamente, para extinguir los Estados y disolver las nacionalidades.

Tal es, pues, la condicion particular de la Francia. Hasta aquí todas las sociedades políticas se han desarrollado bajo el plan de una religion nacional. Marchando en el plan de la suya, la Francia debería volver á entrar en la edad media. Ella se obstina, sin embargo, en marchar hácia adelante. El suelo religioso falta bajo sus pasos, y sin embargo, continúa avanzando. ¿Sobre qué se apoya? Ella es la primera nacion que, dejando su religion en lo pasado, y no adoptando una nueva, se precipita con la cabeza baja al porvenir, como Mentor de lo alto de la roca se precipitó en las olas del Oceano.

IX.

EL ESTADO Y EL INDIVIDUO.

CALLANDOSE sobre la cuestion religiosa, se ha hecho á un lado la principal dificultad del problema social; resulta de aquí que las soluciones que se dan son puramente abstractas, y que su valor podría bien desvanecerse el dia en que fuese necesario aplicarlas.

Es, por ejemplo, una gran cuestion si en una democracia ideal es bueno ó malo que subsista el Estado. Cualquiera que pueda ser la respuesta que deis, es visible que en esos términos nada resolvéis para la Francia.

La cuestion que concierne á esta nacion es esta: En un país regido religiosamente por un cuerpo sacerdotal constituido en casta, ¿es bueno ó malo que una organizacion tal como la del estado político, continúe subsistiendo?

Evidentemente, este elemento de mas ó de menos, la casta sacerdotal, introducido en la cuestion, debe modificar la respuesta.

Proponeis abolir el Estado para emancipar al individuo. Sea. ¿Pero véamos despues de esto qué habeis hecho? Enfrente del individuo se levanta otro establecimiento, un cuerpo imperecedero sin contrapeso en la sucesion, y que aniquila todo lo que no es él. Queriais emancipar á las personas; las colocais á merced de una centralizacion sin rival. Una sola masa subsiste, la Iglesia; ella envuelve todo lo demas con su sombra. Es, despues de todo, un hermoso sudario para un Estado y para un pueblo.

Hablais de hacer entrar la revolucion en ella sin tocar la ortodoxia; pero una vez mas, este cambio de diplomático, ¿quién lo hará quedando católico? ¿Es el pueblo? Despues de mil años está concluido del derecho de intervenir en su gobierno espiritual,